

VI

Primera edición,	1954
Primera reimpresión,	1957
Segunda reimpresión,	1961
Tercera reimpresión,	1962
Cuarta reimpresión,	1965
Quinta reimpresión,	1967
Segunda edición, corregida y aumentada,	1970
Primera reimpresión,	1974
Segunda reimpresión,	1977
Tercera reimpresión,	1979
Cuarta reimpresión,	1982
Quinta reimpresión,	1986
Sexta reimpresión,	1987
Séptima reimpresión,	1991

Historia de la Literatura  
Hispanoamericana  
 C. V. de la Universidad, con el de  
 la República, Pedro Luján  
 905776963  
 82313088

DEDALUS - Acervo - FFLCH-LE  
 Historia De La Literatura Hispanoamericana /



868.909  
 A561h  
 v.1  
 1991

D.R. © 1954, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
 D.R. © 1986, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S.A. DE C.V.  
 Av. de la Universidad, 975; 03100 México, D.F.

ISBN 968-16-0265-X (Obra completa)  
 ISBN 968-16-0264-1 (Tomo I)

Impreso en México

Historia de la Literatura  
 Hispanoamericana - Andrés Bello

PRÓLOGO

De los muchos peligros que corre un historiador de la literatura, dos son gravísimos: el de especializarse en el estudio de obras maestras aisladas entre sí, o el de especializarse en el estudio de las circunstancias en que esas obras se escribieron. Si hace lo primero nos dará una colección de ensayos críticos discontinuos, es decir, una historia de la literatura con poca historia. Si hace lo segundo nos dará referencias exteriores al proceso de la civilización, es decir, una historia de la literatura con poca literatura. ¿Es posible una Historia-historia de la Literatura-literatura? Por lo menos, es posible intentarla. Sería una historia que diera sentido a los momentos expresivos de ciertos hombres que se pusieron a escribir, a lo largo de siglos. En vez de abstraer por un lado las obras producidas y, por otro, las circunstancias en que se produjeron, tal historia las integraría dentro de la existencia concreta de los escritores. Cada escritor afirma valores estéticos que se le han formado mientras contemplaba su horizonte histórico; y son estos valores los que deberían constituir el verdadero sujeto de una Historia de la Literatura.

Sí, todo esto está muy bien, como teoría. Pero ¿a qué delgada línea se reduciría nuestra historia, ésta que ahora ofrecemos, si sólo tuviéramos en cuenta la expresión estética? Nuestras contribuciones efectivas a la literatura internacional son mínimas. Bastante hemos hecho si se tienen en cuenta los mil obstáculos con que ha tropezado, y todavía tropieza, la creación literaria. El Inca Garcilaso, Sor Juana Inés de la Cruz, Andrés Bello, Domingo Sarmiento, Juan Montalvo, Ricardo Palma, José Martí, Rubén Darío, José Enrique Rodó, Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Pablo Neruda y diez más son figuras que honrarían cualquier literatura. Pero, en general, nos aflige la improvisación, el des-

3 volúmenes  
 de 2012 y 2013  
 de 2014 y 2015  
 = The Cambridge  
 History of Latin  
 American  
 Literature

26

es p. 12  
 Bello

orden, el fragmentarismo, la impureza. Forzosamente tendremos que dar acogida a mucho escritor malogrado.

No podemos evitar que el fárrago se nos meta en esta historia. Eso sí, sólo nos interesa aquí la realidad que se ha trasmutado, bien o mal, en literatura. Es decir, que si bien presenciamos, con toda paciencia, con todo respeto, un largo desfile de escritores, y tratamos de comprender por qué están allí, lo cierto es que con la vista buscamos ansiosamente a los pocos que han expresado valores estéticos. Nuestro objeto es la Literatura, o sea, esos escritos que se pueden adscribir en la categoría de la belleza.

Claro está que, en los primeros capítulos, hemos tenido que admitir a muchos hombres de acción o de pensamiento que escribieron crónicas y tratados sin intenciones artísticas (sin embargo, aun en esos casos, la cuota literaria de sus escritos es lo que apreciamos). Pero a medida que nos acercamos a nuestro tiempo debemos ser más exigentes en el deslinde entre lo que es y lo que no es literatura. Cuando llegamos a nuestro tiempo sólo nos interesan los escritores que cultivan la poesía, el poema en prosa, el cuento, la novela, el teatro... A los ensayistas sólo los consideramos en tanto hombres de letras. Si en vez de una apretada historia de la literatura hubiéramos escrito una amplia historia de la cultura, aparecerían también los críticos, los filósofos, los historiadores, los animadores; y aun daríamos una sociología literaria, con noticias sobre revistas, tertulias, premios, y así. Pero este libro no aspira a decirlo todo. Sabemos que, en Hispanoamérica, es frecuente que, dentro de la vida literaria, haya personalidades extraordinarias que estudian o promueven la literatura, pero no la producen. Más: a veces los hombres que más influyen en los grupos literarios son, precisamente, los que no escriben poesía, novela o drama. Es de lamentar, pero forzosamente debemos

excluirlos de una historia de la poesía, de la novela y del drama.

La literatura que vamos a estudiar es la que, en América, se escribió en español. No ignoramos la importancia de las masas de indios. Pero, en una historia de los usos expresivos de la lengua española en América, corresponde escuchar solamente a quienes se expresaron en español. Por la misma razón no nos referiremos a los escritores que nacieron en Hispanoamérica pero escribieron en latín (como Rafael Landívar), en francés (como Jules Supervielle) o en inglés (como W. H. Hudson). Tampoco a los que escribieron, sí, en español, pero sin experiencia americana (como Ventura de la Vega). En cambio incorporaremos a nuestra historia a los extranjeros que vivieron entre nosotros y emplearon nuestra lengua (como Paul Groussac).

Ya se sabe que la historia es un todo continuo. Aquí mostraremos a los escritores, unos tras otros, en el orden en que vinieron al mundo e ingresaron en la vida literaria. Pero aunque la historia es un indiviso fluir de sucesos no podríamos representárnosla sin ciertas convenciones a las que llamamos periodos. Para que sea útil, la periodización debe ajustarse a los hechos, respetar la complejidad de cada época. Ahora bien: un sistema de periodos tiene que ser consecuente con el principio que adopte, pero no necesita ser regular. Al contrario, la excesiva regularidad indicaría que el historiador, por el prurito de embellecer su visión, se está dejando arrastrar por simetrías y metáforas. Hay periodos de larga estabilidad. Hay periodos cortos y rápidos. Por miedo a falsear el desarrollo literario con figuras subjetivas hemos elegido un criterio inofensivo: la clasificación histórico-política en tres partes, "La Colonia", "Cien Años de República" y "Época Contemporánea". Dentro de estas amplias divisiones hemos matizado ciertas generaciones, procurando hacer coincidir los cuadros externos de la historia política con las tendencias estéticas. Las fechas titulares de cada capítulo indican

los años de "gestación" y de "gestión" en esas generaciones. Para que el esquema sea más útil indicamos, aproximadamente, también las fechas de nacimiento de los escritores. Cuando el sentido histórico lo demande, alteraremos ese esquema y situaremos a un escritor fronterizo en el lado que más convenga.

Que ordenemos los materiales de nuestra historia en periodos no quiere decir que desatendamos otros criterios ordenadores: los de nacionalidad, géneros, escuelas, temas. . . Lo que hemos hecho es subordinar estos criterios a la cronología. En otras palabras, que nuestro método es sistemático cuando agrupa cronológicamente los fenómenos literarios fundamentales; y asistemático en todo lo demás. Es más difícil, pero falsifica menos la historia.

Agrupar a los escritores por países hubiera roto la unidad cultural de Hispanoamérica en diecinueve ilustradas literaturas nacionales. Recurrir a las categorías retóricas de los géneros nos hubiera obligado a romper a pedazos la obra de un escritor que ha cultivado varios tipos de literatura y a distribuir los pedazos en capítulos separados sobre la "poesía", la "narración", el "ensayo", el "teatro", sin contar la dificultad de clasificar los subgéneros. Insistir en las escuelas y en los "ismos" nos habría hecho caer en el vicio de sustantivar meros conceptos ideales y, por lo tanto, de observar más los estilos colectivos que los estilos individuales. Hacer girar nuestra historia alrededor de ciertos temas hubiera sido superficial: lo que cuenta, ya se sabe, es el tratamiento de los temas, no los temas mismos. Sin embargo, se encontrará, sobre todo en los últimos capítulos, un ordenamiento en nacionalidades (de norte a sur), en géneros (del verso a la prosa y, dentro de la prosa, de la ficción al ensayo; el teatro, al final), en escuelas (de las más imaginativas a las más realistas).

Al lector que abra el libro aquí y allá, no para leerlo, sino para consultarlo, quisiéramos recordarle que lo que tiene frente a los ojos es una historia, no un inventario. En otras palabras, que lo que vale es la interpretación

total de un proceso continuo; y una serie de nombres, y aun una serie de frases, sólo cobran sentido si se llega a ellas desde muchas páginas atrás. Por confiar en la fluidez con que los temas van desenvolviéndose y transformándose es que nos hemos atrevido a poner en el texto esas nóminas que otros historiadores, prudentemente, esconden en notas aparte. Leer nada más que la nómina es quedarse sin saber a qué categoría estética pertenece. Se dirá: ¿por qué no suprimir esos feos pedazos de censo? Ah, es que no son pedazos de censo, sino nubes, constelaciones, bosques, serranías y quebradas en un paisaje histórico. La abundancia de nombres llama la atención sobre el hecho de que los países hispanoamericanos están tan incomunicados entre sí que los valores se cotizan en mercados locales: renunciar a ellos ofendería los orgullos nacionales. Y ya que tocamos este puntillo de honra, recuerde el lector que, en una historia como ésta, pensada unitariamente, el recuento de las páginas consagradas a un escritor no siempre mide su importancia. Hay escritores de veras grandes que se prestan a la miniatura crítica. Otros, por el contrario, menos valiosos, si ilustran un movimiento, un género, un tema o una realidad cultural, requieren un tratamiento más extenso.

Una última advertencia: hay escritores precoces, hay escritores tardíos, pero al situarlos en un periodo no tenemos en cuenta la cronología de sus libros, sino sus años de formación, la atmósfera histórica que respiraron en su mocedad.

Un historiador de la literatura no puede leer todos los libros —no alcanzaría una vida para hacerlo— pero tampoco puede limitarse a comentar sólo los libros que ha leído —si lo hiciera no mostraría un proceso histórico objetivo sino su autobiografía de lector—. Para ofrecer un panorama completo de lo que se ha escrito durante cuatrocientos años en un Continente ahora dividido en diecinueve repúblicas hispánicas, por fuerza ha de echar mano de datos y juicios ajenos. Hay va-

rias maneras de llevar adelante esta tremenda empresa informativa. Una, la más seria desde el punto de vista científico, pero la menos eficaz desde el punto de vista de un manual, es interrumpir a cada paso la exposición con referencias bibliográficas, notas a pie de página, citas dentro del texto, apéndices y cuidadosos reconocimientos a los centenares de colegas cuya labor se aprovecha y se refunde. Otra manera, la que arriesgadamente hemos seguido, es erigirse en una especie de secretario de redacción de una fantasmal sociedad anónima de hispanoamericanistas y volcar en un fluido relato todo lo que sabemos entre todos. En este caso el historiador compone un aparato óptico, con lentes y espejos, desde el que se asoma al transcurso de las letras; y configura en un libro con "forma" —con forma unitaria continua, lisa y redonda— sus propias observaciones y también observaciones forasteras. Arte compositivo. Así, páginas que se basan en un conocimiento directo de los textos van mezcladas —y a veces integradas— con otras que, indirectamente, resumen estudios desparramados. La bibliografía que damos al final es una mera guía para el lector, no una declaración de las fuentes que hemos usado. Estas fuentes son innumerables. Hemos leído constantemente, y cada vez que encontramos algo que encajaba en el plan que nos propusimos lo incorporamos sin vacilación y sin disimulo: hay, pues, un manejo de historias de conjunto, de monografías parciales, de artículos de circunstancia, de reseñas periodísticas. Más: a veces consulté por carta a críticos de diferentes partes, y sus respuestas entraron en la construcción sistemática de esta gran síntesis. Al viajar por nuestros países nos acercamos a los grupos literarios y, lápiz en mano, tomamos apuntes que luego utilizamos. De aquí que, en algunos casos, por el lado de la conversación, esta Historia pueda dar la primicia de indagaciones en marcha, todavía inéditas. Es decir, que concebimos nuestra Historia como un cuerpo desnudo, vivo y voraz: ¡el peligro está en haber creado un Frankenstein! Nuestra vo-

28  
 ←  
 secretaría de redacción  
 de una  
 sociedad  
 anónima  
 de hispanoamericanistas  
 (28)  
 mezcla española y americana  
 Pizano  
 elaboración de la historia  
 que se va  
 haciendo  
 poco a poco

luntad ha sido rendir un servicio público: juntar lo disperso, clasificar el farrago, iluminar con una única luz los rincones oscuros de una América rota por dentro y, por tanto, desconocida, poner en manos del lector una Suma. La Historia, aunque levantada con aportes de muchos, avanza en una sola línea, ininterrumpida. Es una obra colectiva, pero uniforme. En nuestro deseo de economía ni siquiera nos ha quedado sitio para citar a los especialistas de más autoridad. Declaramos aquí nuestra deuda a sus investigaciones. Hemos trabajado, pues, un poco como arquitectos y un poco como albañiles. No hay ni una sola cita, aunque sigamos de cerca a otros críticos. Tampoco citamos nuestras propias contribuciones, de más aparato erudito y académico, que hemos publicado por separado: en esas contribuciones analizamos con rigor el estilo de los textos; acá, en la Historia, refundimos a veces lo que no hemos analizado directamente. Con todo, no exagerar. Esta Historia es personal en su concepción, en su ordenamiento y en gran parte de sus comentarios. Edición tras edición vamos corrigiéndola: si la prisa nos obligó a llenar un hueco con un retazo extraño, en cuanto podemos lo sustituimos con un examen propio, más reposado y sólido. Nuestra Historia es provisional: alguna vez será definitiva. A medida que tomamos posesión directa de la materia, la Historia se va haciendo más y más personal. Escrita con una perspectiva abierta, crece junto con nuestro conocimiento.

←  
 E. A. I.  
 (28)  
 no lo

E. A. I.

Department of Romance Languages  
 Harvard University  
 Cambridge, Massachusetts  
 Marzo de 1967

Frankenstein  
 →